

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador
Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura
Mención en Escritura Creativa

Presentes

Sebastián Carrillo Bueno
Tutor: Roberto Marcos Ramírez Paredes

Quito, 2025

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional		
	Reconocimiento de créditos de la obra No comercial Sin obras derivadas	
Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia		

Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Sebastián Carrillo Bueno, autor del trabajo intitulado 'Presentes', mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura, mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico.
2. Declaro que, en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto a los derechos de autor de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

22 de septiembre de 2025

Firma: Sebastián Carrillo Bueno

Resumen

Esta tesis explora, desde un registro fragmentario y literario, la experiencia de habitar un cuerpo y un entorno social marcados por la precariedad, la memoria y la tensión entre lo íntimo y lo colectivo. El proyecto se despliega en capítulos que combinan narración personal, observación crítica y exploración poética, en un tránsito que oscila entre el ensayo, la evocación sensorial y la reflexión filosófica.

El trabajo parte de la sospecha de que la escritura puede ser un dispositivo para reconocer lo que se pierde o se disloca en la vida cotidiana: un objeto banal como una lámpara, un gesto en el espacio de trabajo, una imagen que retorna desde la infancia. Estas escenas, lejos de ofrecer una narrativa lineal, configuran un archivo vivo que cuestiona las formas establecidas de representar la memoria, el deterioro físico y emocional, y las condiciones de aislamiento y desgaste en el contexto urbano contemporáneo.

Metodológicamente, la investigación se ubica en un cruce entre la autoetnografía, la escritura creativa y la crítica cultural, con un énfasis en la fragmentación como estrategia formal y ética. Se busca, así, una escritura que resista la homogeneidad académica y que, al mismo tiempo, dialogue con tradiciones literarias y filosóficas que han pensado el desarraigo, la enfermedad, la soledad y la ciudad.

El resultado es un texto que se afirma en la incompletud y en la fisura como forma de conocimiento, proponiendo que la literatura, más que cerrar sentidos, los multiplica.

Palabras clave: escritura fragmentaria, memoria, cuerpo, soledad, crítica cultural

A Cecilia.

Agradecimientos

Gracias a Roberto, por comprender.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Presentes	27
Obras citadas.....	91

Introducción

Jorge Luis Borges (1940), en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, nos atrapa en una entidad de signos que carga entre sí una crítica al idealismo. Es un cuento que también narra lo que es el mismo proceso de la ficción. Borges, como protagonista y el narrador, averigua sobre detalles ambiguos dejados sobre los libros y los secretos relacionados a Uqbar. En toda la extensión no atravesamos un texto cualquiera, sino que ingresamos a un novedoso sistema de referencias, reflejos y explosiones de un mundo fantástico (o a lo mejor no, si confiamos en el conocimiento histórico, filosófico y literario del autor). Con breve aliento, el sortilegio invade la lectura con direcciones que llevan hacia la trama mostrando un argumento escondido, real y perturbador.

Su mecanismo de artificios narrativos evoca la realidad literaria sirviéndose de una técnica narrativa que se aprovecha de imprecisiones. Borges, en la ficción, presenta una especie de ensayo. El misterio se esparce por medio de deducciones, condicionado por el formato de una persecución que anda por múltiples estaciones, donde refiere a personajes reales como Bioy Casares o Alfonso Reyes. Se quiere resolver el enigma (a lo policial) sobre un país ficticio, lo cual emula la búsqueda del saber. Su método es el de deconstruir las conductas de la escritura con una investigación. Es rehacerlas y evidenciarlas con una luz de lo extraordinario, a veces superando la conjetura del misterio con ilusiones imaginarias.

Es evidente que desde Borges abunda la intrusión de otros medios, tautologías, estructuras y percepciones. Esto es natural al fenómeno actual, que no tiene por qué ser distinta a la profusión creativa de Montaigne o Flaubert, hasta el punto de la confusión de registros que culminan en la hibridez. Y no por mestiza es menos válida o contundente la promesa de esta literatura. Pero tiene un parentesco con los esfuerzos del argentino y su foco metaficticio.

Para entender dónde estamos en el presente, creo necesario desbaratar. Ver pieza por pieza. Volver a montar el rasgo literario sobre los textos. Revisarlo en taxonomía, pausando del recorrido un instante para pensar. Del mismo modo, al hacer esto, advierto que varias obras publicadas recientemente ocultan complejidades similares a la borgeana, pero con obsesiones incomparables. También guardan la alusión a la vida común de los escritores, semejante a la romantización de Roberto Bolaño en *Los detectives salvajes*

(1998). Si bien hay elementos como la gran fijación en lo personal y la entrega explícita a lo político que no atañen a lo borgeano, aparecen nuevas evoluciones, y no por ello son menos obras. Aunque sí contienen una cuenta del collar de la actualidad, como si se pudiera desgranar al detalle como mirando por una lupa, no el interior bordado de su expresión, pero quizás su fisonomía analizada con un escáner.

Con respecto a escritores que pertenecen a este dilema, surge una lluvia de alternativas. Por soltar un ejemplo de mi catálogo reducido, haciendo difusión a lo ecuatoriano, destaca un nombre sobre los otros, el de Daniela Alcívar Bellolio, específicamente su libro *Lo que fue el futuro*:

Me pregunto si la alegría casi infantil que siento cuando sé que pasaremos el día con Darío y su familia no tiene un poco que ver con eso: otra vez pegándome a una dinámica ajena, como alguien que se sabe todos los diálogos de un personaje de alguna película que quisiera poder ser de verdad, si no se trata de sentirme cerca de algo que a mí me fue negado, un simulacro, un lapso de seguridad en la inconstancia de mis días. (2022, 139)

Descrita como un doble de autoficción, la autora ecuatoriana escribe usando técnicas del ensayo. Es más bien lejana y cerebral, no por esto menos carcomida por el cuerpo y los temas de la violencia. La obra de Alcívar Bellolio se lee como chispeos de teoría. Hay una dependencia vital de su percepción y análisis filosófico. Se usa la primera persona comprometida no solo con lo ocurrido, sino que se explica a través de conceptos la realidad. La poetización está ahí. Sin embargo, no es la preocupación principal. El interés ya está ardiendo en los últimos dos incisos de mi ejemplo. Hay una duda casi metódica y romántica, que esta autora despliega como un estilo. Ella enlista ideas abstractas que empañan con metáforas la importancia del evento de ir a visitar la familia, al punto de elevarlo con una elegancia individual, a la altura correspondiente a la ambulación mental, donde se cruza el entendimiento y la narrativa que va diluyendo el significado por mero contraste de asociaciones, todas en sucesión, como una fuga que va perdiendo lo presentado.

Es evidente que aparecen también otras preocupaciones: la intrincación del lenguaje, la riqueza de recursos, la voz intimista de narración. En el apartado teórico, influye un feminismo espectacular. No obstante, deja mucho que desear en ejecución. Se entiende a ratos como un panfleto, y no por ser feminista tiene que comprometer el desarrollo o profundidad de su argumento. Ahí adentro, en el texto, deben entrar multitudes de perspectivas que nos confronten. No hablo solo de personajes, sino de atisbos que desafíen lo que pensamos, que muestren contradicciones y alcen y deshagan

muros entre las calles del pensamiento, más que una recta, que elaboren y derrumben los callejones, las curvas y las paredes, las casas y tiendas, los techos y obstáculos que dibujan cartografías de la ciudad. No es que carezca de genio o dificultad, sino que peca de un facilismo vano, cuando su escritura en lugar de crear un mundo se refiere al sistema de realidad como si su vida fuera algo que existiera para los otros, que entendiéramos porque sí las insulaciones de un círculo muy cerrado, de su bagaje y cosmovisión.

En este apartado, la crítica de Nelly Richard bordea lo más puntual. Absorbe el ímpetu feminista, posmoderno, deconstruccionista, nos lo traduce a un plano aplicado al mundo hispano. Lo critica con la autoridad de quien sabe entender sus matices. Asimismo, elucida la problemática que hay entre las identidades femeninas, la introducción de nuevas identidades a partir de la tercera ola feminista. Propone que la masiva proliferación con que ellas aparecen enajena a los individuos, los confunde en el código de barras, las etiquetas, disolviéndolos en el líquido de la representación.

En sus textos, ella logra tejer la importancia de la metacrítica. Se separa de su visión y su ideología. No solo es que critica el feminismo, al ser feminista. Pero siente la urgencia de revisar lo que ha sido de lo que cree, sin ocultar las fisuras entre sus fuerzas. Toma una posición exclusiva, más lejana. Se bate contra las tendencias actuales con una preciosa reflexividad, de quien ha sido parte, pero discrepa. Logra ver la cuestión del feminismo como un prisma e invita a tomar los nuevos modismos con auges cautivadores, a pesar de la reticencia que le provoca. Con cautela, pretende incluir las muchas dificultades que envuelven a los conflictos de género y comparte una rigurosa metodología con la cual se puede abordar las batallas contemporáneas. No basta atacar los problemas desde el conformismo de entregarse a su propia idea, pues sería privilegiado. Hay que captarlos y combatirlos desde adentro y afuera conjuntamente, desplazar nuestras creencias e incluso atacar lo que defendemos, participando, a veces en contra, a veces a favor, al hacer un análisis por entender los asuntos que nos apremian:

Pero, además, la crítica feminista debe interesarse por las figuraciones imaginarias y simbólicas, por los modelajes expresivos de aquellos nuevos montajes de la percepción y la conciencia que despiertan la imaginación de los signos al no hacer coincidir gestos y enunciados con una matriz de significación única. (Richard 2009, 84)

De este modelo de crítica feminista extrapolo mi manera de hacer literatura, si es que entendemos la literatura como una forma de crítica cultural. Esto sería en sí hacer una crítica de la crítica. Objetar la misma literatura a través de crear mi literatura. Y albergar en la crítica una advertencia a la rigidez con la que las ideas se tienden a consolidar en un

dogma o axioma, y permanecemos tan cómodos en un sitio, sin tener la capacidad de ver que también falla lo que pensamos. En Alcívar, por ejemplo, los pasajes se visten rara vez con los abismos de la vida interna de otros personajes que no sean la narradora. Es una opción poco generosa con los lectores, al regalarnos un solo pensamiento. Así su crítica pierde fuerza. El conflicto externo sería útil para ayudar a dar más fuerza a las locuciones que elabora sobre su vida. Es como en la escuela nos decían que preparemos contra argumentos, para enriquecer la tesis del ensayo que se pretende defender. Y no es por pedir diálogos de otros seres. No hay que crear inmensas intervenciones, sino que la mera oposición y desarrollo del resto puede servir para acentuar el punto que se busca transmitir. Tomemos en cuenta que incluso Virginia Woolf, en el teatro shakesperiano de sus monólogos internos, comparte diversidad y contraste al variar entre mente y mente. En *La señora Dalloway* (1925), es el optimismo de Clarissa que choca con el pesimismo de Septimus lo que distingue la pertinencia de los dos, mientras se evidencia por contacto las críticas de la autora.

En un aspecto técnico, el proceso de Alcívar cae en lo descriptivo. Tiende a crear una imagen en la cabeza. Depende de observaciones que repite procedimientos como los de Roland Barthes. Parece más una imagen quieta o suspendida lo que se piensa, lo cual es útil para el ensayo. Para mi proyecto, es más importante acertar con el fondo que provocar el placer estético del lector. Aunque sí creo rescatable y aplicable a mí, que se construya un paisaje rico en las descripciones de los pasajes que me propongo y que este transporte a un espacio intelectual repleto de reflexión, de una geografía donde rigen las intuiciones, que a su vez construye con bloques al instante, el yo que revisa y reprende las carencias sociales como el racismo y el machismo, que se critica al revivir los eventos de la narrativa personal. Sin embargo, para una literatura más fecunda, para mi propia averiguación, me es necesario atacar su matriz productora desde su paradigma y lugar de enunciación, pues este momento marcado amerita una crítica de sus intentos de criticar, siguiendo el procedimiento de Nelly Richard.

Mi proyecto narrativo, *Presentes*, pretende abordar los temas de esta actualidad en un plano escrito, transpuestas en experimentos formales, antes que tratarlos literalmente en el contenido. La arquitectura novelesca y la trama no son una prioridad. Todo el mecanismo particular de la novela trata, con su poca narrativa, de un hombre que sufre por una abundancia y conciencia en el pensamiento, mientras explora la existencia de otros seres como un espectro, una vez que en el trabajo se ve incapaz de cumplir su función.

Para esta temática, pienso a partir de los experimentos narrativos de William Faulkner, Virginia Woolf, James Joyce y Marcel Proust. Aunque no sean mi única influencia, veo en ellos un enfrentamiento que es similar, frente a la modernidad, con la que tenemos nosotros con el presente. Se puede (y se debe) instar el paralelismo con mi proyecto y abrir la ventana al bagaje de influencias que han cambiado, digamos, la manera en que se escribe. En mi aplicación creativa, no tomo prestado solo los juegos del lenguaje, los controles temporales, los monólogos internos o el alto cuidado estético, sino que creo una aproximación a un lenguaje polisémico que tiene multitud de sugerencias, falsas salidas, contradicciones, escaleras, sueños, ironías, repeticiones, redundancias, espirales y corredores sin un final, que operan desde una especie de tono satírico, para criticar las teorías posmodernas.

Mi aspiración es utilizar el lenguaje para la reflexión del posible significado de las cosas e incluir espejos en la escritura al crear un complejo sistema de signos. Pensando en *Las meninas*, no es la inclusión de Velázquez pintándose en el rol de pintor lo que nos sorprende. Es, con su presencia, que él siguiere la incógnita de si es su intención transportarnos a causa de sugerencias por los caminos posibles del cuarto repleto de insinuación, en una representación de una representación. O si el genio está en los tenues detalles que nos consuma indirectas que no terminan de completar una realidad enteramente proporcional, y nos invita a pensar más veces su contenido.

Otro punto vital son las dislocaciones en los cuentos de Julio Cortázar y explícitamente en *Rayuela* (1963). En la novela, se aprovecha un desfase que oscila entre Buenos Aires y París, así como idiosincrasias entre Norte y Sur, recortes que incumben a identidades y formatos entrecruzados. *La noche boca arriba* (1955) y *Lejana* (1951) también muestran rasgos de intersecciones entre los mundos. Si bien en la literatura de Cortázar hay una relación lúdica entre quien lee y quien escribe, hay que estar atentos de una intimidad necesaria para el desarrollo de un texto que oculta manifestaciones de un juego, la creación de un espacio verbal, una propuesta que nos comparte las pautas de un lenguaje secreto, que opera por debajo del lenguaje cotidiano y se expande en escapes que translocan la narrativa con atributos subversivos al contexto presentado, que usualmente apunta a la realidad. La hilación de mi novela entre fragmentos, si bien está dividida en unidades mucho más pequeñas, traduce las técnicas cortazarianas para el contraste del personaje con el alrededor, y los aplica en vez de hacerlo entre dos lugares, entre la mente y el mundo externo, logrando la sensación dispersa de que hay varios mundos entrelazados, que son un artificio de percepción.

En *Los adioses* de Juan Carlos Onetti (1954), en cambio, se exhiben informaciones que llegan sucedáneamente. Estas nos invitan a mantener el ritmo de la lectura porque con cada trozo agregado a lo que conocemos del enfermo jugador de baloncesto, y las cartas que vienen de dos mujeres, el texto muta y se transforma alrededor de un eje que se va revelando conforme avanza la trama, descubriendo un enigma de carácter existencial. Desde la mirada del narrador, se crean múltiples asunciones del personaje. Suponemos que no tiene ni una pizca de ganas por mejorar, ni de curarse, y se plantea un hombre que no tiene motivos para vivir. Las razones no importan tanto como la intensidad de una historia que nos asigna aprender las pautas, vagando en el pueblo estéril, bajo la luz violeta de la sierra, que incita interés en un entorno desolado, donde los intercambios con la gente nos dejan poco más que un vacío sobre las sillas.

Al estudiarlo, creo que las asunciones del narrador de Onetti, más la descripción que parte de la materia y enlace de los objetos, de la idiosincrasia de los personajes —una pelusa en un hombro, un pañuelo rojizo arrugado en un bolsillo de la camisa azul, que evidencia los detalles metafísicos eventualmente sobre el carácter del personaje—, son útiles para mí por una lenta exposición de los hechos, siempre manteniendo una cadencia lenta y progresiva, que se detiene por cada rincón posible.

De modos distintos, estos dos escritores construyen su literatura a partir del lenguaje, casi como si este fuera el personaje. Con sus juegos, Cortázar logra escapar lo trivial de la realidad. Onetti crea un hombre sin fuerzas para existir. Yo tomo para mi escritura, que detienen en su integridad discursiva, el embrollo de fuerzas cotidianas que, por su opresión sistémica, se tiende sobre nosotros, porque al escribir sus historias se vocalizan, humildemente, sobre las estructuras invisibles que nos controlan, sin ser manifiesto que vienen de un mundo pobre para el autor.

Esto, claro está, si consideramos que lo revolucionario hoy en día es rebelarse contra los patrones que imponen en el mercado. Tratarlos como si nos pertenecieran. Alterar sus bazas y convertirlas en un ente desconocido. Lo verdaderamente valiente es aventurarse a ser libres de las influencias capitalistas, y más bien operar a través de ellas, sin que estas nos restrinjan la autonomía, como es el caso de la ficción. Para mí, en este caso, la insurrección más elegante es la distorsión de las sutilezas que se presentan como reales. En mi escritura doy la vuelta, generando una leve torcedura de las convenciones opresivas, cuestiones simples como lavar la ropa, caminar, planchar o despertar, otorgándoles una carga de sugerencias que no solo denota el acto, sino que además abre miles de puertas de lo posible, como horizonte tras horizonte guardado en un gesto nimio,

la impresión que dos cosas o conceptos pueden significar una aproximación de lo mismo y a la vez un suceso enteramente distinto, mostrando una apariencia banal a primera vista.

Esto se pone a prueba mientras hay una constante duda existencial en la dialéctica interna del personaje, Tácito Guzmán, quien sufre el conflicto entre ser un hombre moderno, aborrecible, inadaptado a la actualidad que lo oprime en el sistema capitalista, o un hombre pretérito que no asimila a profundidad una esencia que se le escapa por los recuerdos y la lectura del exterior. El personaje divaga entre sus memorias y los episodios del día que va a renunciar de su trabajo. Debido a que su jefa le ha encargado despedir a un compañero de la oficina, Tácito siente la tensión y responsabilidad sobre sus posibles acciones, alterándose su perspectiva de la realidad, llevándolo a imaginarse y revivir una multitud de escenarios distendidos en viñetas atemporales, entrecortadas en una narrativa fragmentaria e intermitente que se distrae en eventos fútiles, ideas y reflexiones sobre su vida.

Cada escenario se escribe con distintos narradores, cambiando entre la primera, segunda y tercera persona, alternando la perspectiva y enfoque sobre un objeto, un personaje o una situación minúscula que no agrega a la solución del conflicto principal, en una especie de laberinto textual que es sinónimo del estado emocional y de confusión que atraviesa constantemente entre las tinieblas. Siguiendo este formato, el progreso de la novela es casi nulo, y los episodios se mezclan como un *collage* en la oscuridad, sin mayor claridad espacial o circunstancial, hasta el punto de que Tácito no sale de la cama durante casi toda la narración, mientras se ha dispersado en instantes futuros, pasados y presentes que vive desde el inicio por medio de pensamientos y observaciones que lo atrapan en un vórtice de sí mismo. La situación se presenta como si él observara una muestra de lo que es, aumentando la claridad de detalles cuando se mira en un microscopio. Esto acontece, paradójicamente, cuando abunda el camino inmediato al otro, si estamos a un solo botón para conectar. De esta manera, es que es incapaz de ver más allá de la punta de su nariz.

Esta propuesta proviene de mi profunda y palpable insatisfacción. Es una crítica a múltiples libros de nuestro tiempo. Por un lado, lucha contra un grupo selecto de textos y escritores que han creado un formato impuesto, un molde prototípico para que seamos iguales en pensamiento, cosa que es evidente cuando leemos las líneas de un español que redundando sonando mecánicamente como metal, utilizando un lenguaje neutro que acaba con la belleza y la variedad, en un conjunto parecido de locuciones contemporáneas, que sigue la moda de cuatro ideas regurgitadas sobre el papel. No soy partidario de recurrir a

resúmenes generales o versiones distorsionadas de una política que no es noble en sus intenciones. No es noble porque no es clara, porque me oculta o me omite su pretensión. Pero debo incluirlo como un sujeto de estudio al que crítico, diluido en el personaje y sus actitudes al rato de reaccionar al cambio. Este sujeto es el de la escritura confusa y oscura donde la materia escrita se ve infectada, las letras contaminadas y el sentido descarrilado. Además, es obvio, repudio los entornos sociales de la escritura que procuran juntarse para justificar el cuerpo de su trabajo, en lugar de ser críticos entre ellos y no solo de los demás. Los que buscan aliados para una causa ambigua que desconozco. Y cómo no lo haría siguiendo el reflejo de una sociedad que discute en la oposición de las redes por medio de comentarios inconsecuentes al colectivo, abusando de un pensamiento huraño y onanista, teniendo las portadas y referentes de Nuestra América tan alteradas por una cuestión, la ideológica, que ya es indistinta de un clima político sufridor que promueve el choque de las posturas hasta en las últimas páginas de las novelas, sin mayor argumento que compartir lo ocurrido en la vida de su escritor.

Esto tiene algo de Judith Butler, quien, en su libro, *El género en disputa*, nos acerca a la multitud de identidades que nos conforman. Para ella, el género es un acto performativo, que viene de construcciones sociales manifestadas en roles predefinidos que surgen en interacciones a través del lenguaje (Butler 2007, 285). Para nuestro idioma, lo relevante es que no gozamos de una fuerte distinción entre los actos y las acciones porque en un concepto se encuentra el otro. Para el habla hispana, el actuar ya es en sí performar, por lo cual estamos sujetos al jaleo de presunciones ligadas al drama de lo social. Cuando el hacer es como el actuar, no hay distinción muy grande entre el ser y el verbo, lo que nos atrapa directamente en un filtro que no admite vicisitudes.

Aparte del debate sobre el género, que pide que transcendamos los signos que nos indican que el carro es para los hombres y la cartera de la mujer, el tema construccionista a nivel social es lo que me llama, pues hoy hemos asignado un exceso de roles a las personas por medio del lenguaje. Se performa la postura ideológica tanto como la política. Y la misma carga opresiva y simbólica que antes existía sobre los cuerpos femeninos y trans (que aún existe), se fuerza sobre la necesidad de actuar y pertenecer. Impone la presión por manifestarnos por una causa. En tal caso, existe un tóxico predominio del colectivo. Las opiniones ajenas tienen el efecto de intervenir en nuestro comportamiento, de alterarlo o condicionarlo, hasta el punto en el que nos volvemos complacientes para conformarnos a los demás. Tendemos a adoptar actitudes que dictan las esferas de las que codiciamos aceptación. Pero aún inseparable de lo que somos culturalmente hablando,

pues lo cifrado en el lenguaje suele ser lo que somos, no hay suficiente distancia subjetiva entre lo expresado, las palabras y las acciones, espacio necesario para la crítica, como un Quijote que se ha creído la fábula de sus libros, interpolado con el mapa de la Mancha colmada de un pueblo vivo, y que sortea cualquier intento de Sancho por despertarlo, vociferando discursos de su idealismo.

Por eso no nos prestamos para la crítica, pues tenemos el oído literal. Y si el caso fuera de hacer ejercicio de examen y oposición sería enteramente tomado como un ataque personal y una seña indivisible del carácter negativo del locutor. Esto es triste, ya que la crítica es acerca de alcanzar los distintos esfuerzos hechos sobre las cosas y cómo estos se ramifican en consecuencias que derivan en resultados. Mi proyecto personal tiene como objetivo filosófico criticar esta sensibilidad a la crítica, específicamente en una actualidad donde la existencia es:

Vivir una vida de paradojas y contradicciones. Es estar dominados por las inmensas organizaciones burocráticas que tienen el poder de controlar, y a menudo de destruir, las comunidades, los valores, las vidas, y sin embargo, no vacilar en nuestra determinación de enfrentarnos a tales fuerzas, de luchar para cambiar su mundo y hacerlo nuestro. Es ser, a la vez, revolucionario y conservador: vitales ante las nuevas posibilidades de experiencia y aventura, atemorizados ante las profundidades nihilistas a que conducen tantas aventuras modernas, ansiosos por crear y asirnos a algo real aun cuando todo se desvanezca. (Berman 1989, xi)

Sin embargo, mi crítica no ejemplifica el funcionamiento del aparato social, sino al remover la presencia colectiva y demostrar su pervivencia incluso cuando el personaje se ha aislado en el pensamiento. En otras palabras, en un apartado más específico, el personaje piensa y despliega múltiples ideologías que se contradicen, que intervienen en él los discursos ajenos de las personas que lo conocen, que actúan como un ojo que va rotando para verse a él mismo y a los demás, desasociándolo y asociándolo a su contexto dependiendo de la postura que ha tomado. Y quizás pensando en la aserción de que la escritura debe girar entre distintos puntos de vista, considerando a Bajtin, Tácito intenta relativizar lo que cada ángulo explica. Quizás falla al pintar un cuadro desde la ausencia, soñando con un lienzo que incluye a la muchedumbre, a pesar de que no comparta cascajos de otras ideologías que considera válidas como opción, sino porque a diferencia del idealismo en la realidad sobran tendencias que no resuenan con ilusiones de su utopía.

Tácito imagina y posee a otros personajes de una manera literal, pero siempre desde una incapacidad para responder a las influencias y expectativas sociales, de tal forma que renuncia al materialismo de una vida de relaciones con su familia y la oficina, en conjunto con sus pertenencias que están contenidas aún en la casa de su infancia. En

lo estilístico, esto se explora por medio del uso del sujeto tácito, provocando una ausencia del personaje, y permitiendo una ambivalencia con respecto al narrador y lo narrado, y así mismo crear una especie de sensación fantasmagórica, donde las personas y los objetos se mezclan en una textura aglutinativa.

Esto se inspira, leyéndolo como una ficción, en lo que Jacques Derrida propuso. Es un intento de liminalidad entre el sujeto y lo registrado, jugando con la perspectiva y la experiencia consciente. Yo lo veo como la superficie interpuesta entre los espacios imaginarios. Es una grieta que inicia extensiones de una oquedad que se cola entre lo visual. Es un fantasma que aparece y permuta en el texto escrito, como un vano en la percepción:

Y si esta frontera capital se desplaza es porque el *médium* en el que se instituye, a saber, el *médium* mismo de los medios (la información, la prensa, la telecomunicación, la tecno-tele-discursividad, la tecno-tele-iconicidad, lo que garantiza y determina en general el *espaciamento* del espacio público, la posibilidad misma de la *res publica* y la fenomenalidad de lo político), ese elemento no está ni vivo ni muerto, ni presente ni ausente: espectraliza. (Derrida 1995, 64)

Por otro lado, mi texto critica la monotonía de un cambio enteramente por el progreso que nos enfrenta a la aparición de medios alternos y novedades. Debido a esto, la escritura ha perdido el foco. No va a morir la literatura. Siempre habrá novelas para leer. Pero otros caudales de innovación han robado los reflectores pasados de su glamur y la han reducido a la obsolescencia, provocando que la competencia reluzca con el avance multicolor de nuevas tecnologías que dejan en evidencia cuán iterable será la tarea del escritor.

Por más de que no pierda su relevancia en el día a día, la escritura es un medio antiguo que exige renovación. Seamos honestos: es un acto desasociado. Al menos no es algo que hacemos la mayoría, gozando el aura de gloria antigua. Es raro que la juventud opte por la lectura y la escritura. La juventud tiene predilección por series de formato corto, algo que no es aislado. Se ejemplifica en plataformas como Instagram y TikTok. A esto se le agrega que tampoco hay que ir muy lejos para advertir la fragilidad de una generación incapaz de topar los temas que los trasciende. Ocurre lo mismo con un reclamo de intermediación. Todo se superpone en un mismo nivel semántico. Hay demasiadas versiones, consecuencias, teorías y perspectivas sobre la mesa. Hay que estar encima de lo global, al mismo tiempo de lo local. Hay que absorber lo que está de moda. No perder un minuto en actualizarse. El insumo masivo nos obliga a una pobre interpretación. Brota

tal número de vectores operantes y materiales intelectuales que los criterios se estancan en la opinión, y para seguirles la pista y poder mencionarlos en los debates hay que leer todo sin dejar que repose el discernimiento, pues para al próximo mes ya habrá tantísimos temas nuevos. Por esto se pretende cada vez más que lo dicho sea políticamente correcto, simple, diseñado al contexto del individuo. Sino se pierde el interés y la visión vuela en digresiones por otros lados, desasociado al estímulo pasajero, que flota y disipa en nadas que se aventuran en el océano de las nubes.

Este tropo del presente nos pone en duda de si es que hay algo a qué atenerse, si el simulacro capitalista es la programación que nos fue dada y no hay nada más allá de las sombras de su progreso. La vida se ha vuelto sueño. Por eso, también espectáculo: “En un mundo sin referencias, la referencia del deseo, o incluso la confusión del principio de realidad y del principio de deseo, son menos peligrosas que la contagiosa hiperrealidad” (Baudrillard 1978, 47). Para disentir con este autor, no es que exista una ausencia de referencia: es que hay exceso de referencias, cuya definición es incierta al rato de abrirse paso entre las lianas y musgos de una selva de visiones que se fraguan, pero son impenetrables por la abundancia de los productos que nos ofrece el mercado para tener.

De este modo, recuerdo lo que Pessoa dice en el *Libro del desasosiego*:

Una sociedad indisciplinada así en sus fundamentos culturales no podía, evidentemente, ser otra cosa que víctima, en la política, de esa indisciplinada; y así fue como despertamos a un mundo ávido de novedades sociales, y que con alegría iba a la conquista de una libertad que no sabía lo que era, de un progreso que nunca definió. (1997, 20)

Como el mito y como el misterio, este hecho nos presta un instante fundacional. De esto habla Rodó al invitarnos a explorar lo desconocido: mirar la “desconcertadora rareza de las cosas” (1967, 942). También nos lo plantea Carpentier: maravillarnos con lo real. Pero ya no en el contexto de América y su historia, ahora será un descubrimiento lo que vendrá, será un continente novedoso para explotar. ¿Pero cómo si no es palpable? La data y la información, sufriendo la sobreabundancia que inflige en un mundo más dependiente de lo automático, son un antecedente de cómo no podemos concebir lo que estas tecnologías afectan en lo concreto. Ahora viene la inteligencia artificial, que de la fábrica primitiva es un pariente lejano del mismo árbol, aunque compartan genealogía. La literatura está obligada a responder cuando un programa escribe novelas con un comando. A mi arte le propone el reto de encontrar soluciones sintácticas nuevas, metáforas que la máquina no puede generar. De cierto modo nos sugiere volver a pensar

la tradición entera. Para mi escritura especialmente, intento alcanzar lógicas y patrones no canónicos. Buscar en la imperfección, en la falla, pulido en formas opositoras de la estética normativa, instancias que no sean iterables y que inspiren en la textualidad sitios psicológicos que son más difíciles de copiar.

En este mismo momento, se presentan los avances como la conquista a lo inexplorado, para una humanidad que nunca ha tenido tanto a disposición. No hace mucho, Beatriz Sarlo planteó que se vivieron “los últimos años de la literatura tal como se la conoció hasta ahora” (2001, 225). Aún preocupada por el video, ya sugiere de la influencia transformadora del hipertexto, no como el “modo cómodo de manejar notas al pie o diferentes niveles de información, sino un patrón nuevo de la sintaxis que, durante siglos, la literatura ha moldeado y cambiado”.

A mí parecer, Sarlo ya se nutre de proyectos como *La broma infinita*, escrita por David Foster Wallace (1996), y cambios más profundos en el lenguaje. Yo puedo atestiguar que hay influjos íntimos y reflexivos en fondo y forma. Es profusa la introspección de novelas contemporáneas. Estas exponen sus narrativas con voces que narran con un sobre-pensar intenso la vida interna. Exploran lo introspectivo, por medio de aposentos y casas sintácticas donde se ponen como los cuadros y la vajilla, tantas inquisiciones, exploraciones en monólogos y perspectivas a múltiples alturas de referencialidad, una dentro de la otra como matryoshkas.

En mi práctica, es innegociable el bogar por la brevedad. Intentar condensar cada letra lo más posible, aunque sufra la narrativa, en historias que se resaltan por el lenguaje y la intensidad. También considero la escritura como un ensamblaje de piezas a disposición, como crea tu propio personaje, donde tomo diversos registros y estilos, empleándolos en el texto conscientemente, alternando los tonos de la escritura. Sobre todo, la intención es crear un estilo donde abunde un metalenguaje que inserte reflexiones en cada recodo y profundidad, más o menos aproximándome a lo barroco y creando una variedad de niveles subjetivos e interpretables, que en un mínimo espacio obligue a la relectura, así como nos aturde el mundo forrado de novedades, para siquiera salir y coger el bus.

Por ahora, pienso en mi proyecto en términos de la cercanía y lo inmediato —que presento inacabado como producto final de la Maestría de Escritura Creativa—. Cotejo e incluyo continuamente lo que marea en el tiempo actual. Pienso en la marcha que va acelerando hacia mi final, en el furor colectivo por el consumo. Me imagino computadoras. Sufro y duelo disoluciones que ciegan a mi conciencia. Las referencias de

referencias me poseen a manera del hipervínculo. Pienso, otra vez, lo involucrado que está el internet en la psique y las hormas que erige en la percepción. Y sé, al pasar de un intento de ensayo a otro, que se ha vuelto inmutable la idolatría, por un ideal de la variación. Mi vista me indica minúsculos pormenores que cambian en simultáneo, todos a la vez en lugares donde no he estado. Confirmo que nos rodea un contexto precipitado. Este hace y deshace los móviles de la historia con violenta velocidad. No por una fatalidad de carácter alevoso, nutrido por gestos subversivos, sino por efecto de una forma moderna del intelecto, nos importa la utilidad de la idea más que lo que construye. Antes nuestras mentes eran capaces de concebir intersticios de un universo concreto que ya no está. Ahora lo ignoramos como a las cruces de hierro sobre el tejado. Pero sigue siendo cierto que nos desquicia, porque lo relativo a la vida se desborda de nuestras manos, a pesar de aferrarnos fútilmente para impedirlo, tratar de capturar en los libros las opciones que se nos abren como enramados a la distancia de un sol dorado. Cuando el dominio se demuestra en pulir la expresión en palabras simples, reservadas en formas de lo ordinario, en temas y tradiciones que se cifran en lo tangible de alguna imagen reconocible, en todo aquello que nos apresa en la consonancia de comunión, de una materia vívida en narrativa, generando este gozo y asombro por la lectura, resurge el espíritu en la ficción.

Sin mayor ánimo de contextualizar lo que escribo, me temo que mis declaraciones sean un tanto anticuadas y a la vez frívolas. Si mi proyecto parece excesivo y desordenado es porque lo es. En caso de repensarlo y volverlo a imaginar, probablemente me estancaría en los mismos vicios. Quedo en deuda por tanta página a los lectores, me hubiera gustado explicarme en tres.

S.C.B.
Nueva York, 20 de marzo, 2025

Presentes

1

El día que iba a renunciar se despertó confundido, incluso mareado. Acostado sobre la cama estiró los dedos. Agilizó las puntas como un experto tocando el piano. Después de un rato intentó con mover los brazos. Pero no pudo. A medida que la conciencia volvía a su cuerpo, se libraba de la inacción. Le cosquillaba la zona firme de sus rodillas. Surgía de un inmovilismo de siglos que no quería seguir cargando en su espalda débil. Sin detenerse en el simulacro de la música y los tambores, al estar de fiesta taconeando con los zapatos de otra persona, nació de aquel sueño con ilusiones desmesuradas. Surgió como un tipo cortado del pensamiento a la realidad, encontrando su palma abierta como algo extraño, con rasgos nuevos e inexplorados.

Acaso disgustado con lo que era, recordé la hinchazón que tenía en el cuello. Olfateé el tufo rancio que había eructado. Mastiqué la textura de las encías, que sabía a plástico o cartón. Asqueroso. Lo rechacé al esbozar un gesto de vómito imperceptible. Mientras deambulaba con una cualidad de estatua sobre el colchón, acurrucado por aquel denso río de sombras estilizadas, asumí que era hora de levantarme, solo para descubrir que aún tenía tiempo para dormir.

3

Al acostarte de lado, algo te molestó. Un gallo cantó a la distancia. Imaginaste los tonos del cielo rojo, tímidamente llenándose de amarillo, que crepitaban por los contornos, surgiendo en la excitación de las formas negras. No pudiste recuperarte de tu cansancio, menos aún si tu cuerpo se comprimía. La tiesura que irrumpía atenazaba tus pensamientos, imponiéndote aquel estrés de escoger a uno de la oficina. Cuando querías hacer lo mínimo y dispensable, y a pesar del intento, hallabas que no podías. Como vencido por lo más simple. Eras un inútil sin valentía.

No querías que fuera verdad. Pero te habías rendido al martirio de como sea, a cualquier costo, hallar la manera de resolverlo. Resignado a lo que vendría, cargaste de molestias la noche en vela. Toleraste como respuesta tus escapes de diarrea y retortijón. Sentías todas las fibras de tu esqueleto y los pulsos que te temblaban. Cada arteria protestaba contra tu estado.

Entretanto, te costaba moverte entre las cobijas. Paralizado, intentaste salir de su blando encierro, pero casi ningún músculo respondía en su rebelión por quedarte en cama. Estabas ahí fijado en las pocas cosas que comprendías, contando el tiempo a través del número de respiros.

Cuando volvía la ingravidez de su día a día, se dio la vuelta. Las muñecas le dolían por el peso supuesto en ellas. Jaló una almohada y la abrazó. La suavidad de la almohada chocaba con su barbilla, como una nube para apretar, cuyo fondo era desfogar unas frustraciones. En la infancia, con la misma actitud que tenía ahora, había llorado hasta el punto de no llorar. Nunca volvió a lo mismo, a menos que se encontrara bajo escenarios extraordinarios, cansado por no tomar el mando de sus asuntos. Negando la obligación de ponerse en pie, sujetó con los brazos la colcha enorme que le cubría como capullo. Podía adelantar un par de nóminas de su jefa. O una declaración para los impuestos. Esa noche había dormido por pocas horas. Debía continuar el informe de algún pedido, y, finalmente, sin una duda, consumir esa decisión. Pero se envolvió en el sosiego de aquel remanso. Y su escaso cuerpo quedó arropado. Un oscuro desnivel delineó en el colchón la silueta de su postura. Afuera los carros aceleraron infatigables, tan apartados de su quietud que parecían átomos rebotando sin un rombo evidente por la avenida, y concluyó no atenderlos precisamente por su irrupción, que añadiría a sus deseos por laborar otra capa de distracciones. El ruido de su motor evocó el rostro preocupado de un pasajero que acaso iba en velocidad a indagar la razón de las calles muertas. Buscaba un local en vano donde ordenar un plato para cenar. No le hacía sentido aquel silencio postrado de una ciudad que vivía de seis a diez, lo cual era una señal inminente de gran peligro, por lo que en los pueblos se disfruta de demorarse en los actos con lentitud, por lo mismo de madrugar y dormir temprano.

Los techos esperaban bajo las nubes tramando en un cielo horrible. El frío era ilimitado. Desgastaba los ornamentos de las fachadas. Con múltiples manchas azules por la humedad, las desteñía hasta ser palideces aterradoras, tenues y roídas por una fuga de agua que había entrado en la integridad de sus estructuras. Las enfermaba de bacterias sin el efecto de fiebre y tos. Pero con olores intolerables y resentidos, con una dolida putrefacción, habitándolas como el huésped que entra inesperado, que un día de estos se había instalado y ya nunca más diría que se marchó.

A lo lejos, las colinas se esclarecían en el paisaje. Eran parte de una frisa parchada por antenas, carreteras y construcciones, tendida en la superficie de las montañas como quien pone una manta sobre el verdor de la hierba fresca. Y saca de la canasta platos y panes y jamones, y aún tiene energías para comer quesos y frutas y mermeladas. Luego con descontento saca una torta y velas para soplar. Todo se espolvoreaba de luz plateada, de puntos dispersos, blancos y titilantes, allá más lejos, en la penumbra, que había viajado de los focos prendidos de la ciudad.

Parecía que iba a llover. Tenían las multitudes un aspecto desocupado. Dormían con su pijama. Otros dormían desnudos. Mostraban porciones de piel en eróticas posiciones. Excepto ella que transitaba desalentada. Recién cumplía los cuarenta años. Estaba disminuida apenas a hueso y piel. Las ojeras se habían hinchado, enteramente sobre aquel rostro desarrapado. Solo se le veían las bolsas negras. Sus pupilas las tenía dilatadas. Vigilaban lo que pasaba. Las alertas compulsivas le obligaban a caminar para estar atenta, irritándose por la voz de cualquier sonido.

Había perdido la guerra contra el insomnio. Desde hace meses no había tocado el sueño. Propiamente, durante las horas destinadas para dormir. Ella se paseaba. Corría organizando las especies de la cocina. Limpiaba encima y debajo de las repisas, donde nadie nunca había puesto los ojos con la intención de encontrar los polvos. Sin enterarse, ya había invertido su calendario. Alucinada ciertamente, sin nada mejor que hacer, la noche era aprovechable para acabar lo que tenía que cumplir de día. En vez de sufrir sin descanso en cama, se abstraía en el silencio y la soledad del reloj pausado. Era esta la única hora para el sosiego, siendo libre de ser genuina, sin la dinámica de la gente que debía entretenerse con caprichos matinales, con oírlos redundar en preguntas insoportables y circulares, en conversaciones y pedidos que agotaban su bienestar.

Pocos en el barrio se percataron de aquella sensible corazonada. Iba rotando en círculos por las calles. Llevaba el agua y condensación, en una cadencia que se agrupaba en las nubes negras. Parecía, de algún modo, el miedo colectivo de tener otro día con un mal clima. El cielo corría una risa hostil, de rayos tristes. Pero aún más tarde saldría el sol, explotando lumbré por la mañana, al rato del desayuno, cuando estuviera hirviendo en la estufa el agua para el café.

A esta hora, los regulares seguían bebiendo. Eran felices con otro trago sobre la barra.

Alguien salió de un bar. Avanzó golpeteándose con las piernas de las personas que estaban fuera. El hombre rojo no aguardaba en el punto donde pactaron. La calle poblada le había absorbido en un tumulto de rostros yendo en múltiples direcciones, sin fe o alegría en la niebla estéril de aquel febrero, indistinguible ya entre los rápidos flujos de la ciudad laboriosa.

Al frente suyo, entre las grietas del pavimento, se percató que había dejado botando su sombrero, que naturalmente era rojo. Sin vacilar se lo probó y se volvió hacia la calle donde él había desaparecido, en busca de cualquier cerveza en un bar abierto, pensando que él también tenía el criterio, los expedientes, las nociones correctas para ser un exquisito hombre rojo, como lo había sido por todas las fechas y lugares, por todas las citas y empleos anteriores a la pérdida de su sombrero en el pavimento, cuando se extravió frente al bar en el que seguía esperando al borracho insulso y desesperado, ya que fue ahí que habían pactado el encuentro en primer lugar.

10

El plano del cuarto se sostiene, suspendido por lo que sea. No existen perturbaciones en el ambiente. Si una mosca batiera sus alas frente a mi rostro, no quebraría ni un fragmento de mi quietud. Un cosquilleo me irrumpiría sobre los labios, instalándose en mi nariz, siendo algo ajeno a lo que me incumbe. La vida es un evento que veo (y no entiendo) que me sucede.

11

Tu cuerpo se habría marchito al estar inmóvil. Pero no hubo camino distinto desde tu infancia. Estabas condenado a sentirte mal, como si tu cuerpo no fuera más que un contenedor. Alguien te habría sujetado. Manipulado. Quebrándote en partes que vas buscando en los traumas que flotan sobre la ausencia de tu pasado.

El contexto es un andrajo de quien existe para los otros.

13

No soy lo que está aquí adentro mirándose en mí o en ello. Aparezco serio. Estoy sujeto a lo fantasmal, resistiéndome a lo mostrado. Y soy reconocible entre tantos tonos sobre la piel, del sujeto frío que atiende el temor de aquello que no me ocurre, que siente el calor de aquello que no va a ser.

Aun así, saboreas el placer de pensar y sentir lo mismo que hace un instante. Son años que no has cambiado. Alimentas la honra de mantenerte en un hito estricto e imperturbable. No reaccionas, meditas. Respetas la certidumbre que te ocurrió. Sin moverte de aquí en la cama del dormitorio, no hay otra obligación más que cerrar tus ojos. Estás a la espera de despertar.

Sin repararlo, había ganado movilidad, control en sus dedos. Recuperaba la facultad de reconocer el espacio aletargado que le rodeaba. Escuchando feliz, perdido en los callejones que había atravesado para ir a jugar y comer al parque, como uno escucha un álbum en bucles por varios años, haciendo testamento de calidad, el viento reverberó por los postes de luz de la calle principal. Escaló por los muros contruidos de bloque de arcilla, esquivando una hierba gruesa, e ingresó a través de las ventanas a acurrucarse en el nido de sus oídos.

Cuando el frío del viento ingresó a paso precipitado, deseó levantarse a buscar la manta. Las ventanas se habían cerrado, exactamente, si era un hombre que no aguantaba, y Serafín iba a toda a encargarse de las ventanas a su salida, asegurándose de cuidarlo como a su hermano.

Círculo tras círculo, argolla tras argolla, cayó a un desplome eterno como si le hubieran robado el suelo. Se admitió perdido y siguió en bandada de emociones, jalado hacia el fondo desconocido, ahogado por presiones y autoexigencias, que sentía al pedir de sí un poquito más.

17

Si uno escucha con atención, los autos están en marcha. Corren y aceleran a su destino. Todos van a cumplir sus ocupaciones.

En torno mío, hay demasiadas personas capacitadas, incuestionablemente, para rendir.

El éxito laboral siempre estaba próximo de tus garras, imposible de tomarlo a totalidad.

Siempre había sido esa la circunstancia. Ni bien habían empezado las cosas y se apuraba la secuencia de los transeúntes en las aceras, marchando como una frecuencia preprogramada, marchando como felices de laborar en un cubo gris, ahí nomás entre treinta con dos ventanas.

Desde tu cama te contagiabas de la insistencia y el compromiso de los transeúntes. Estaban locos, de lo contentos que andaban por vivir otro ritmo de ardua monotonía, sonrientes por encontrar un problema que resolver a través de los desenlaces de sus horarios.

A veces te los topabas, en una esquina del ascensor, y tolerabas sus caras pegadas a las pantallas. Decías hola y respondían con el sonido de sus mensajes, como hablando un lenguaje modernizado, absoluto, que actualizaba su versión al final del mes.

Intento enmendar, fútilmente al buscar la manera de reparar los rotos que yo he causado, el efecto tráfugo de mis actos.

No he estado a la altura de mi persona.

Durante días me escondí pretendiendo guardar mi rostro en lugares indignos como era yo. Me oculté en el retrete, y sentía que este era el lugar que mejor me representaba.

Pero a nadie ni le importó.

Picado, volviste a verlo buscando un chiste. Se trataba de un simple error. Doscientos mil dólares. Solo un mes. Perdiste la inversión en cuestión de horas. Eras el culpable. Mientras tu jefa se reía de la importancia que le otorgabas a una pérdida tan casual, como si fueras tú quien hubiera sufrido el daño, alegando una triste solemnidad.

Quisiste explicarle que era un acto de valentía, un resquicio idóneo para arriesgar.

En el filo de la maceta de su oficina, la lumbre se derramaba en pequeñas partículas de dorado. Tú jefa se distraía con los gráficos proyectado de la pantalla.

—No te vayas a atolondrar. Son cosas que pasan.

Te aconsejó que regreses al punto cero. Pero tu jefa no se tomó el trabajo de comprender lo que te angustiaba. Parece que no te importa, murmuraste. Y apretaste los puños para pelear.

Cerró la hoja extensa donde llevaba las cuentas. Apagó su computadora. Apuntando hacia la salida, con un gesto coqueto al lanzarte un beso, te pidió que te marches a descansar.

—Anda duerme la noche entera—dijo fingiendo interés por ti. Después te mostró un cariño que no era en serio. Acarició plásticamente con sus uñas la pompa rosa de tu cachete y pellizcó sepultando elementos de fuerza y de decepción, desquitándose por la pérdida de otro modo, rasgándote a la medida de una grave perturbación, a penas visible en los surcos rojos.

—Lo vas a necesitar.

Cohibido, raro, confundido e intimidado, estuviste a punto de renunciar. Pero había una amenaza de autoridad distendida desde las orbitas de sus ojos, que volvía a ponerte a prueba.

Distanciado miraste los pasteles verdes de cumpleaños. Estos celebraban los santos de todo el mes. Tus amigos y compañeros ni te miraron que estabas blanco, pasmado. Te habías ausentado a un rincón a sentarte en tu propia preocupación. Viste las chompas colgadas sobre las sillas. Había una mesa de dulces decorada con papeles para servirse. Apartados en su fiesta por un ánimo desigual, tus compañeros aplaudían desenfrenados y comían aprovechando de la ocasión. No era un momento para pensar, ni estar solo ni deprimido. Ninguno contaba las calorías. Ciego con el baile y con las canciones, estaban simplemente por disfrutar. Bebían y fumaban en el receso. Eran entretenidos por la ocasión de los simples gestos. Despreocupados, se divertían, realmente sintiéndolo desde adentro, en un ambiente con globos y serpentinas.

Advirtió, no sin antes dormirse como drogado por anestesia, para luego volver despierto apenas a la mitad de capacidad, aumentándose su miseria, el eco de los pasos que se alejaba a una zona incierta, el alarido de una mujer y las llantas de un carro que se parqueaba.

La agitación del jardín venía de las múltiples cosas que ya no importan. Tristes y fútiles, progresaban de aquel sinnúmero memorable, sacado de la abundancia de nada en particular.

El aroma de las rosas había cambiado. Sabía que Manuel era el responsable. O el encargado de florecer cada planta de su jardín. Ahora que estaba lejos, escuchaba a su sustituto cortando flores. Las ramas podadas se deshacían de su verdor. Trozos melancólicos le flotaron de la cabeza, que eran como páginas de niñez. Dispersaban como las hojas en primavera las emociones de un día jugando bajo los ceibos, y aparecía la imagen tupida de flores rosas.

Sería más tarde que supo que se marchó. Manuel habría migrado al Norte, y dejó a su hija con un extraño. Con la noticia recién servida, se sentaría a tomar la taza de su café. Notó por la ventana el hueco sensible de su presencia, que el jardinero le había dejado. Supo que sus labores honraban el tono rojo crepuscular, viniendo de las orquídeas. Amaba desmigajarlo en la dicha de las comidas, con un vaso de jugo de naranjilla y las ideas desubicadas en proyectos imaginarios que surgían al probar una carne frita, usando la menestra y arroz que le habían servido, como inspiración de un futuro maravilloso, que no había tenido la valentía para crear.

Al instante, varias voces seguidas de despertadores y de bostezos. Estuve, por lo pronto, forzado a asistir a lo que escuchaba, en el ordenamiento palpable de acciones que me causaba curiosidad suficiente para seguir indagando las aventuras de un mundo externo.

27

Luego escuché el eco de los pasos por una calle y recordé aquel perro que me ladraba.

Un perro lamió tus manos. Lo acariciaste procurando que su cabeza aguantase entre tus dedos, que por poco cupiera sus cuatro patas, su cola y su excitación. Le transmitiste tus afectos de dueño honrado. Le trasladaste con tu escrupulosa simpatía, el apego en la palma de tu cariño. Te cautivó su pelaje negro, aquella alegría servil que no podía ser fingida, la barriga, las garras que te arañaban repetidamente las piernas, su hocico alargado y los ojos penetrándote a ti. Solo a ti como el centro de su existencia, como si la galaxia orbitara en expansión constante de tu conciencia fijada sobre su lomo y revolvieran las acciones totales con tal de que levantas los brazos, que te ajustaras la corbata, desempañaras tus ojos rojos por un sedimento de lagañas, insertando los dedos y rascando la textura arenosa, que llovía la repugnancia sobre tus hombros.

Alimentaste al perro y se alegró. Corrió bajo tus pies. Dibujó miles de donas aceleradas. El acto compasivo había surgido de esta mano que lo albergó. Tiraste tus migajas al piso. Y se rompían en los dientes babosos del perro que tragaba de lo bastante que había pasado sin comer, de lo precario que es andar sin un amo en una ciudad que a patazos te esclaviza con sus cadenas.

Fue como si de ti dependiera el curso de los soles que habían de extinguirse en la nada de una explosión oscura, en la yerma de aparatosas llamaradas, chupándose al vértice de un agujero el lenguaje de la tradición que cifraba tu desidia en la ruina de la banca donde aterrizaste. Atravesó por ti y el amor a ese perro, la culminación de la especie, las palabras de salvación, la sentencia entre el bien y el mal. Tuviste en los puños el poder matarlo. Te era menos que un chasquido insignificante y tu mano colmada de poder, amenazaba con los espantos del terremoto saliendo de tu ira, eso que no usabas porque te habías propuesto mejorar. Porque acontecía a un mal juicio de cualquier accidente la muerte de una mosca y, por ende, el final de una creación, y podías acabar en desliz imprevisto, como en la noche difusa del cerebro, con algo mucho más pequeño que tú, con la resistencia de tu ser, con el negocio de la lavandera.

Bien se dice que lo habías rescatado, que lo salvaste de morir. Hacerlo te sentaba genial. Te creías el elegido. Eras tú, solo tú, el uno y el universo, divisible, multiplicable, el facto hacia veracidades que aumentan y disminuyen, que se expanden y contraen, y cuajan de sólida forma en tu talante de señor que portabas en tu cuerpo blando y sin figura, un personaje y su identidad.

Se formaba de ti otro tú, que era ese feto forrado de orgullo. Lo percibías y lo aceptabas, partido de tu mente como un esqueje que te cortabas para plantar un rosal de tu tallo existencial.

Era un hombre endiosado, cara triste, que sin querer descendía la voluntad y sustento a las plantas, a los animales alimentados a reventar de la fruta roja y el césped verde, y a los otros que salían a cazar, y sobrevivían de carne y hueso. Era sin tiempo la eternidad. Causaba que se alargasen las uñas. Que madurasen las verduras, polluelos y gestaciones más nimias. Movía la evolución de un óvulo a gente bella, de ese bebé en pañales al empresario abusando del maletín. Crecía con tu genética familiar. Se convertía en un hombre recto o en el pariente de lo que eras. De ti se encarnaba como una protuberancia, como el apéndice sin pensar, como incorporándose a tu interior la visita del extraño que trabajaba los arupos y las acacias de un jardín paralelo. Y era todo parecido en cuanto no estuvieran en el mismo espacio para compararlos.

Era una de tantas personas que tejías de hilos a veces largos, en otras cortos, de avances y retrocesos de una línea, que complacía el respiro integral de tu narrativa. De la cual trenzabas, pacientemente, una vida. Que se quiebra y crepita con fragilidad. Que recibe de su entorno para dar, y que su espíritu hermana para ser en el bosque global una hoja colgada del árbol, una hoja pequeña, nada más. Simplemente una hojita que no pinta, sino que esa fruslería en el portentoso paisaje de claros y espesores, que sería un detalle esencial para los merodeos de tu desmemoria. Y, tal vez, para que otros se alimentasen de modo que no fueran solo las larvas las que comiesen del incontenible vigor natural que se bifurcaba de ramas y ramas de despropósitos entreverados, sino que igual nosotros los que buscábamos afuera de lo finito del cuerpo: una manera de callar.

¿Para qué hablar? ¿Para qué hacer cualquier cosa? Si ya habían descubierto todo y valía poco descubrirse a uno, y nada se agrega más que ruido con las palabras que se tiene para decir. Además, que solo se crean soluciones y las novedades sirven exclusivamente para el consumo.

No hay pureza creativa, ni el ánimo honesto por algo que no es el yo. Tú lo ejemplificabas y el otro tú lo magnificaba, quizás por la medida de otro lente, que los observaba a los dos incapaces de salir de este hueco que habían cavado desprevenidos, chocando sus azadones contra el suelo, y que seguían sin estar seguros por qué lo hacían, solamente porque era algo que debían acabar.

Nada habrías aportado al mundo con tu doble, más que dos maneras para burlarse de ti.

Duplicado, te alejaste del yo viendo al perro. Creíste que era otro invento fútil y sentiste la pintura de payaso teñirse en tu cara. Te cubría una máscara atroz y la miseria de tu impostura. Ya en este punto distraído, se te acoplaba a las arrugas y facciones, cobraba el aspecto principal. Diferenciar su mentira era separar el agua de otra agua. No existían herramientas que te ayuden.

Para calmar tu sentido de falsedad, te volcaste sobre él. Le deseaste buen clima, un cielo amable y salud mental. Sobre todo, posada y comida, como te lo habrían deseado a ti muy atrás, sin poder refrendar el fuego de una vela prendida que te apadrinaba desde una ventana superior.

Apretaste su mano. Le diste en el tacto tu compañía. Él lo sintió como un gesto invisible, de alguna rotura de su soledad, y lo guardó más allá de la ropa similar a la tuya y de los órganos que estaban sin tu cuerpo en el suyo, y la certeza de que existía en esa caja mediocre de su alma donde la vergüenza oscilaba igual que mil tablas flojas, por los pasos inseguros de alguien más.

Sin poder distinguirte en la mortalidad, advirtió que sí estabas en lo espiritual. Presintió, alcanzándote, de tu inmensa presencia; y no dio las gracias como querías. Sintió desdicha y un temor severo. Pero la sensación se olvidó fácilmente; cuando cuidó la flacura del perro, empezó a equilibrarse como regresando de la pausa de todo lo vivido. Tomó las riendas de tus asuntos. Dirigió tus piernas sentadas sobre la banca, protegido por las capas gruesas de chompas azules, que tapaban las pieles descuidadas de tu cuerpo nada perfecto y la pus de un grano por explotar.

Entre mordiéndote, el perro asentó su nariz. Te cruzó la piel la humedad y su frío respiro acompasado. Buscaste en su pelaje algo auténtico que no fuera el poder que le habías dotado a tú yo pintado de un aire amarillo. Pasaste las manos por el globo de su cráneo. Mediste su oreja, el pecho. Indistinguible el recuerdo del perro de la del doble, te despediste de uno u otro, ambos, no sabías. Le diste lo que restaba de tu bizcocho, te fuiste como una clara eminencia desdeñosa. Los detuviste en el ayer, que ya no te correspondía; ahora le pertenecía al que sigue, cuando en tu cuadro se representaba entre los espacios confusos de tu caricia, la lejanía entre dos personas.

Liberado del protagonismo, te ocultaste. Era él quién soltaba migajas de bizcocho. Daba a ese perro el favor de sobrevivir y se aguantaba la empatía de finiquitarlo, pues sería más fácil.

Y a pesar de no serlo, aún serías tú el que envolvía sus actos en un guiño de piedad. Por dejar que nos asilemos contigo, que vengamos a correr del reloj un minuto de

intimidad, y junto a ti en el escaparate de tus mundos internos, entrever a uno bajo la inclinación de la luz correcta.

Separado en lo visual, dibujado, así como un viernes por la mañana eras tú él que ponía el fútbol, destapaba la cerveza, se la bebía, hacía con los dedos ese gesto de ven a mirar un gol, te mostraste como eras contigo mismo y con aquel nosotros que se extraviaba de tu ser extraño.

Así, relajado y soltando ese nudo de tu tensión, nos introducías a ti como el titiritero de alguien más. Pero ignorabas el hilo sobre tu cráneo. Sabías sin saber que nos ponías en tu lugar; y al levantarte de la banca, dejabas atrás a ese ser gestado, propio y perdido, en las instrucciones repentinas de su realidad, como uno más que venía de ti. Entonces, nos implantabas en silencio la gratitud. Después, nos enraizabas la grave impresión de la deuda, el de una cría con su mamá, el de la planta con el soporte de la tierra, el de ese árbol visto entre los millones de una arboleda, ya que nos inducías a ser semilla de tu esplendor, a ver esta dulce inepción en la que brindabas al perrito tu porción de comida. Lo arrullabas en la quijada y las orejas con un delicado empeño. Intentabas regalarle la emoción más sensible que la vibración provocada entre las patas traseras y la tesitura color durazno de esa tarde, que animaba del silencio los zumbidos de una chicharra.

La permanencia de su sueño se resumía sobre los cuerpos. A veces caía sobre un objeto. Era casi su visión de los escenarios, un poco alterada por su idealismo. Y no le traía más que insatisfacción. La construía muy atento, con las facciones ajenas que habría admirado, a partir de una fácil transformación. Obteniéndolos al azar, eligió un soplo cautivador, como resúmenes de las personas, sacados de entre los cruces espontáneos con los demás, tras las mallas de algún saludo que se guardaba, igual que les habría conversado en el camino a la plaza a lavar la ropa.

Los había situado aquí, para darle a sus sueños fisonomías, rastros de vida y veracidad. Más conciencias hubieran aportado un conjunto de diferencias. Especialmente ahora que somos pocos los que escapamos la soledad y que encontramos refugio en otros, por el aura reprimida de una persona que sea afín, aglutinados aún porque nos falta un lugar seguro que sea casa.

Era imposible no verlo así, siendo que una persona de relleno que tomaba decisiones inesperadas mostraba carácter propio. Era una excusa perfecta para el imperio de sus quimeras, una utopía que hacía brotar gente en su mundo estéril, que precisamente influía en él mientras se tendía la oscuridad, interviniendo en la densidad de motivos que pernoctaban y la orientación cardinal de los cuerpos y los objetos, quietos todavía en el espacio. Podía otorgarle un cambio en el rumbo de sus ideas, al acoplar a él estas almas para entenderlas, y encontrar en sus conocidos aquella potencia que llenaba su perspectiva con impresiones que ya no le permitían llamar al hogar hogar o a los libros libros, salvo excepciones en que uno debía sacrificarse a la lógica y sobriedad, y le tocaba retornar a un aspecto simple del universo, y la vida no le era un sueño, a pesar de que le costaba, soltar y partir su refugio de introspección, obligado por límites circunspectos del pensamiento que topaba con la cordura como un patrón de las realidades, impuestas por un contrato, que establecía violentamente las reglas de la razón.

Tanto tenía en el pensamiento que le costaba hasta respirar del exceso de cosas bellas que imaginaba sin freno en la periferia.

De todas las ficciones que amenazaron con realizarse, hubo una que continuó sobre el aire quieto. Habría visto una forma diversa y de varios nombres, que no alcanzó a registrar. Le faltó unos minutos para quemarla para siempre en el lente ambiguo de su retina. La revisó de pronto, igual que a otro papel de la torre de su escritorio, restándole la importancia a que acaso le transmitía un entendimiento y complicidad. De ahí que fuera una instancia corta que no atendió, pero que conforme avanzaba el día ganó importancia. Incluso si no había previsto que así lo fuera y le había encontrado desprevenido, sin preparar, con un nombre listo sobre la carta ya sellada para el correo, afuera en los parasoles de este restaurante que se borraba en la impresión de mojado sobre sus piernas, le golpeó con rechazo el viento sólido que no le había arado la piel un minuto atrás. Le enmarañó su cerebro respecto al rápido cambio de sitios que en un chasquido le transportó al punto exacto en el tiempo y en el espacio, hoy que andaba tan cansado de la rutina pegada en los quistes y los dolores de su existencia, y había erguido de los edificios y las cubiertas de los garajes para admirar, los placeres visuales desconocidos, de una sección que no había consentido con sus ideas, ignorándolo en los cajones de algún olvido con fondo azul, como ríos de turquesas que remplazaban las vivencias con un sonido aterciopelado.

Ahí estaban incluidas las casas grises. Relucían entre los barrios. Se escurría la densidad de los habitantes, el dulce bastimento de la gente común, cuyas voces silbaban entre estructuras desocupadas, que amasaban los fierros rotos y oxidados junto a los sacos rojos de cemento sin estrenar, y una tienda de barrio con rejas negras. Esta abría hasta de noche para la imprevisión de un trago en la borrachera, cuando urgía del sistema el hambre y la mala sed, callándose solo con vodka o con papas fritas, y en medio de reuniones se levantaban. Terminaban la munición de los auspiciantes y el único modo de prolongarse la diversión era por los ahorros. Gastar e invertir las monedas cobrizas en amistades. Romper el chanchito. Expresarles que querían que se quedaran un rato más, que la niebla era impenetrable; no convenía manejar hasta el más allá. El descenso sería la travesía, hasta el valle. Igual que a dos metros en el instante de la penumbra. Porque esperaban el peligro, el robo, la evanescencia, cuando habrían soñado dos balas en lugar de un motor que chillaba cuando aplastaba el pedal del freno, groseramente con un estruendo, el abuelo que rehusaba cambiar su auto por el modelo moderno, sin ninguna otra razón que la de una nostalgia empedernida, de los asientos de cuero que lo habrían sostenido el día que se casó. Si reciclaba el aire del puesto del copiloto, aún podía rescatar la fragancia de la madera y las luces de la cáscara de un limón, colmado nuevamente de sensaciones, por la amistad que tenía con su esposa, impregnado en el tacto bárbaro entre los dos, como un paisaje rosado que había aprovechado con su amorcito, que era ahora un pasaje imposible de su retorno.

Extraviado entre la puerta y el interior, valoró las hojas verdes de la palmera. No estaba bien acoplada a este clima andino. Su tez se angustiaba con manchas pálidas que crecían. Y se amedrentó su sentido esparcido en un fuerte tumulto de buses y gritos y vendedores. Estos que consumían el júbilo de los puestos que se alegraban con el tráfico de la tarde que comenzaba a soltar colores y flores desprevenidas. A demostrar la pureza y el candor de ropajes y rostros de los clientes, que salían a prosperar; y ascendían por la calle como emplumados para una fiesta. Iban cantando. Sus llaveros chocaban las múltiples llaves en tintineos plateados por la avenida. Y se reían. Meneaban las manos y las sonrisas en dirección a un patrón de comportamiento que se iba revelando según avanzaban a su destino liberal de protestas hacia el gobierno, o al olor herbáceo de una taza de té frente a las noticias. Sería cualquiera que fuera su gusto en los polvos rosados que se morían en las amplias colinas amenazantes, ondulándose rectilíneas, fugaces y entretenidas con el hombre repartido en la calle y el atraco que había ocurrido en el restaurante, y las señales desfiguradas de los sucesos que aún eran muy tempranos para poderse dilucidar.

El restaurante está en las afueras de la ciudad. No tomaría más de una hora en taxi. Dos si se optara por andar en bus. Desde antes de prepararme, sabía que iría a pie. Necesitaba salir y tomar el aire, distraerme de mis tonteras.

No recordabas cuánto te habías tardado. No recordabas que te perdiste: la oscilante voz de los pordioseros que te ofrecieron caramelitos, una vez te detuviste a pedir las indicaciones.

Una prostituta se desprendía de honestidad. Se acercó a regalar una explicación. “A tres cuadras te toca un giro, a la izquierda. Luego en la esquina con edificios, trepa hasta que te canses. Cuando veas la ciudad como con altura, regresas. Solo anda recto. Vas a llegar cuando menos lo esperes”.

Si algo me quedaba de aquel paisaje, era el cambio en la geografía. El camino empezaba a inclinárseme con más ganas. Las veredas se poblaron de arquitecturas inacabadas.

Luego me percaté de que las calles no estaban pavimentadas. Tampoco había niños. La tierra relucía con parches negros. Los baches amontaban basura y piedras. Estorbaban cuando avanzaba en puntillas por no caerme en un hueco ambiguo.

Nos dio ternura saber que había entrado en el restaurante. Tal vez porque hubo una clara separación. Él hacia un lado junto a las sillas desocupadas. Nosotros en nuestro centro, en la mesa usual que ocupábamos a diario. Nadie quiso colocarlo en algún exilio. Pero nuestros ánimos no eran serios, estábamos preparándonos para un trago. Él parecía consternado, jalando los pies con dificultad, arrastrando ese traje caro por las miradas que lo observaban.

Abrió la puerta y cruzó directo a donde había una flaca reservación. Era el único puesto que habían guardado, el único puesto que se habría guardado con una llamada formal jamás en el restaurante. Vino la mesera y puso la seña de no tocar. Las sillas y mesas rojas, eran de madera barata. Tenían la pinta de materiales de reciclaje y quedaban medio tembleques a los costados. En sus patas descubrían una cierta protesta por el peso de una persona, de los vasos, cubiertos y servilletas que se asentaban crujiendo con una risa inapropiada.

Me habían dicho a las cinco y media. A las tres había fijado un despertador. A las cuatro y veinte crucé la puerta, después de subir la colina a pie, sudando la empinada distancia que retaba a los comensales.

El establecimiento era una casa blanca sin distintivos y una torre de llantas hacia la izquierda. Resaltaban tan solo las propagandas de las cervezas una refri repleta de chanco y de pollo crudo, y la pancarta que decía La Casa de Doña Gladys, que era la única referencia que te entregaron, cuando hablaste sobre el tema con tu oficina.

—¿Cuál es la reina que nos digna con su presencia? —le gritamos de un sitio habitual en el que bebíamos nuestros rones. Habíamos formado un círculo de amistad, con una jaba en nuestro costado, sobre tiras de papel periódico, puesto por si alguien quebraba un vaso. El suelo estaba meloso y fulguraba el concreto mal enlozado que se curvaba en un desnivel. Los panas contaban chistes y las mujeres se reían de las huevadas que se decían, con un tono cálido entre las voces que rompían el silencio templado entre los usuales.

Provocábamos un bullicio colorido de mariposas aleteando desenfrenadas.

—Ya era hora de que aprendieran —respondió corriendo de un lado a otro—. No les vendría mal que mostraran clase.

Asentó el culo en la silla roja frente a la mesa. Sus maneras eran pesadas, abrumadoras. Su perspectiva era intolerablemente superficial. Hablaba sobre teléfonos e inversiones, acaso quería que lo escucharan. Molesto con el olor, se sentó en una esquina, partiendo de la premisa de que había una forma correcta para sentarse. Su formalidad y mal genio eran campos gravitatorios. Te tumbaban hacia el piso para aplastarte. Ahí eras tú quién se sentía disminuido. Lo que ponía un paso en su entorno privado y se adentraba a las mazmorras de hablar con él, se llevaba estos comentarios que nadie había solicitado, cuando solo procurabas acercarte para tantear qué tal era como persona, te desmoronaba en un pozo negro que era su radio perjudicial. Lo cual no favorecía a que se anulase el desacomodo y la tensión que estaba estorbando ahí entre nuestras partes. Era una desgracia estancarse en su recorrido, con ese varón que era mal llevado, tóxico y algo desviado a la perversión, que no habría ni alzado la ceja al oír la historia que estábamos compartiendo. Lo hacíamos para que los otros se nos unieran y se sintieran parte como una hoguera, trayéndolos hacia el grupo para que supieran de lo que estábamos orgullosos.

Con los ojos cerrados, se había abrazado a sí mismo sobre la cama. Los ruidos de las cervezas se saturaron en un espacio, el silencio salió de otro. El estímulo se perdía en el restaurante, en alguna escena particular, inaccesible de las voces entrecortadas, ahora con la paciencia del cuarto plácido que volvía a su sitio de la mañana.

Yo estaba quitando los clavos sueltos sobre la silla, cuando advertí que este tipo no andaba bien. No porque hubiera habido una indicación. Sino que algo carecía que no lo tenía concreto con anclas a esta tierra. Parecía volar a otro mundo con el hilo largo de una cometa.

No teníamos por qué saber si estaba y no estaba en el restaurante. Pero parecía operar desde otro sitio.

46

En el radio a mi alrededor, la negrura era intolerable, densa, crepuscular.

Nada corresponde al instante actual.

Tuvo demasiadas cosas que le afligían en la cabeza para separarlas del tiempo que tomaba altura como una duda creciente. Cuando intentó indagar lo que le pasaba, el asombro ya superaba el control de la situación y era tarde para evitarlo. Su cortina golpeó la ventana de manera común, y rebotó dos veces sin importancia. En aquel impacto se concentró y se dio al suave ulular del silencio después del golpe. La calma fue un oasis en la premura que sentía por el trabajo, aun cansado de la muñeca, tras haber trabajado la noche pensando sobre el teclado, y las labores extras que no había acabado siquiera en casa.

Pero no consideró que el golpe y la crepitación contra sus vidrios fuera un hecho de verdad. Que presentara un ensayo categórico, convincente o terminante. Por confirmar que varios otros sucesos que le abordaron eran de los más normales y no alimentaban la fraudulencia. Jamás como ahora se había sentido, que le fallaba la lógica y la razón. El frío le calentaba y la faz del cuarto le trastocaba. Sabía que el estado del universo no andaba bien, y había remotos chances, cada vez más difíciles y buscados, de que este cambio era permanente.

Para asegurarse de lo que era, dudó a hasta agotar esta circunstancia. Los empleados matutinos que iban a trabajar y deambulaban por la acera frente a su casa, no hablaron con el tono burdo que habrían usado desde siempre y se achacó a sí mismo una falta de fidelidad en sus temas para la conversa. Algo camino al trabajo, habría alterado su narrativa. Les había regalado un relato diferencial, fijaciones que se logran con tiempo libre, que no había oído hasta este segundo en el que cruzaban.

Era para no creer, que de un día para otro hablaran de la familia, de los planes de vacaciones, y no toparan los temas del abuso y los malos tratos, de la fábrica y sueldo escaso, sino que discutieron de una falda de flecos anaranjados y un helado que habían comprado, para variar, en un día de lluvia lenta, con los gorros de lana y los guantes que no habían estrenado durante el año, que no hubieran estrenado bajo las condiciones normales del clima ecuatorial. Contrastaba con un conjunto de suposiciones que había tenido y que los hechos contradecían, con tal firmeza de su existencia que se sentía atraído a estudiarlos de modo que pudiera escribir un artículo de sus vidas, que cada vez parecían más profundas y dignas de que alguien con dinero las dibujara desde sus lentes de título de empresario.

Las risas animadas, que no hicieron el mismo ruido al cruzar por las calles vacías en la madrugada, llegaron con su tardanza, desfiguradas en el tono y chirrido modificado. Los ladridos del perro no avisaron de los pasos que crecían a un trote excelso. Luego progresaron apurados en una carrera. Se adentraron sin problemas por los resquicios negros de los garajes. Explotaron en el silencio del aire acumulado en un retumbo espectral —frente a los martillos y taladros amarillos en las paredes— y dejaron de sonar hasta cuando las últimas vibraciones se habían apagado en algún subsuelo y resultaba que nadie las había escuchado con atención.

De hecho, temió que los sucesos no fueran lo que pensaba. Temió que leía los lances con un mal juicio y que todo se había partido a una nueva modalidad, dejándolo en el pasado, petrificado en las costumbres señoriales de la época ya remota, donde él estaría sin un escape, con las manos temblando por el terror y los traumas que desbordaban como la pena de sus acciones, en una silla de mimbre donde esperaba el furor del tiempo, las tardes acaloradas de un día en playa, o detrás de un cuadro de rostros multiplicados y escenarios pintados por una mano. Un desgaste engrosaba su realidad. Un deterioro le manchaba con fosas de incertidumbre. En su cama prefirió unirse a su desconcierto, como el niño-adulto entumecido en sus reflexiones. Creyó agarrarse a un aparte del mundo actual, junto a los huevos de la prehistoria y un deseo pretérito que surgía y lo controlaba con la nostalgia por el retorno a la edad de oro. Donde las masas lo entendían como un hombre idiota y desadaptado, podía estar sin que le sorprendieran, de sobra aventajado por el ahora. Sabiéndonos desplazados, no lográbamos conciliar que se hubiera avanzado a una instancia de signos inentendibles de un progreso tan superior, que el simple golpe o titubeo de ventanas encriptaba en secreto un misterio alado, demasiado complejo para captarlo en totalidad, sino que era necesario profundizarlo para que soltara el enigma oculto y le mostrara, no sin martirios y amenazas y conflictos, que se trataba de un sentido codificado.

Todo esto transcurría de corrido, pero no hubo una contundencia que hiciera que dejara de vacilar. Algo en la calidad del aire se disminuía de su pureza, contaminando el oxígeno con parecidos incuestionables. Era más bien una copia o imitación del aire. Esto provocó que tantos hechos en su cabeza se multiplicaran, y se resintió.

Rendido a la sensación fraudulenta, auguró desde lo tibio de su cama que algo se habría movido. No se había perturbado de puro loco. No fue por las ganas de sacarle un error a la realidad. Tampoco se sintió agitado porque iba a dimitir de su puesto. Era privilegiado por ser consultor. Tenía una ilustre posición por la que había arriesgado sus ilusiones, el ánimo y la cabeza, luego de una interminable secuencia de exámenes y de ascensos en una firma de gente sin motivación, ni espíritu original, o algo esencial que contribuir para los progresos de la humanidad. Pues aún no sabía que dejaría todo más tarde, y la situación no le estimulaba a quedarse calmado con las sábanas que habían sido ligeramente alteradas o el colchón que olía al jazmín del entierro de su mamá, un detalle que tristemente se le escapaba.

Justo antes de despertarse, antes de verse espantado en la cama que se parecía a su cama ordinaria y que insinuaba haber sido desplazada afuera de un compás normativo, presumió que nada le pertenecía de la morada que se establecía como recién construida a su alrededor, y nada se llevaría consigo a la muerte. Las pertenencias eran todas de su familia. No velaban su nombre escrito. Pocos libros gozarían un título que le gustaba. La vajilla floreada había sido comprada y usada por sus padres. Los muebles de su sala, las pinturas, el comedor eran de su hermana; cada pieza era ajena y su relación derivaba en un lazo firme y estable con sus ausencias. Por ejemplo, el televisor o las ropas naranjas eran un recordatorio de Petra. Todo lo que ahora era suyo podía cederlo a un extraño, porque encima de ser el dueño de esos y otros lujos, las cosas primordiales eran escasas. Y, si alguna vez se identificó con algo, ahora invadía en su brecha una lejanía que no era suya, que intercedía como polvo en el campo visual. Lo eclipsaba con absurdo desinterés y convertía todo en el desapego, cuando aún ni se había levantado y mordía el delirio sobre sus párpados, y aún no temblaban sus extremidades involuntariamente al lanzarse de aquel edificio, con su cuerpo a la orilla del abismo al final del sueño, donde la claridad era azul y empezaba a sentir el vértigo contra el suelo, las puntas de la ciudad estorbando en el vacío de nubes sobre la cabeza, si es que efectivamente había circulado resolutivo, decidido, sin dudar, del cuarto del hotel barato donde se hospedaba al vestíbulo de su oficina, y saludaba con Doña Isabel, hacía un asentimiento con su quijada, después se deslizaba por atrás, yendo a través del túnel de servicio, que tenía una leve inclinación que lo dirigía de abajo hacia arriba a las escaleras, trepaba por las gradas perpetuas y agobiantes hacia el techo de donde iba a saltar, entregándose al impacto de la caída, siendo un peso muerto, como un bulto aplastado a través del espacio y el aire quieto, advirtiendo en descenso fatal esa angustia en la nada de la refracción luminaria, del vidrio y de lo concreto, cuando no tuvo otra alternativa que renunciar.

Su cuerpo estaba enrollado de cobijas celestes, inerme sobre la cama. Aún soñaba en el desenlace de una aventura en la oficina. Pero de vez en cuando despertaba, volvía a dormir. Su tronco se extendía y respiraba pesadamente. Recolectaba algún color blanco del tumbado y era un hombre presente. De pronto, se quedaba empacado en esta visión sorprendente de otro lugar, con la pierna al aire, afuera del colchón, y un frío poblándose en los dedos de los pies descalzos. Mientras oscilaba, su vigilia dejó de ser este juego impulsivo de intermitencias entre los estados que corrían de luz a sombra, de estar a no estar despierto, mientras rogaba por otro minuto más de silencio, al que se aferraba para aprovechar la última estela de reposo girando sobre su lecho.

Unas horas más tarde, cuando despertaría sujeto a su cama porque sentía pereza, creería que su persistente fatiga y desconcierto mental era una señal de que lo perdería todo. Vislumbró entonces que caían sus bienes en las manos puercas de un extraño y sintió una especie de alivio.

Pero también sintió que tenía malicia. Advirtió que era un hombre avaro. Se enfrentó a la verdad, a un orgullo y egoísmo que no podía reconocer, esa codiciosa aprensión porque nadie más que él se adueñara del patrimonio de sus parientes, y a la vez, en contradicción simultánea, que era vital desprenderse después de pasar largo tiempo.

Al fin y al cabo —pensó— estas cosas no tienen importancia. No me veo en ningún lugar. No me encuentro donde me busco. Sin embargo, no me afecta. No quiero poseer ni una parte de lo que soy. Prefiero no ser un hombre, y no haber heredado nada. Si eso implica volver a charlar con ellos, a verlos o a tocarlos, quemaría todo en un santiamén. No hay un extremo al que no me iría. No hay un límite que no cruzaría. Pero debo dejarlos ir y estoy listo para hacerlo. Es cuestión de seguir cada paso. Vivir solo un día a la vez. Soltarlos sería un gran avance. Nada fácil. Nada sencillo. Porque soltar es un progreso logrado entero de lo que olvido y como es correcto, hay que aferrarse a lo vivo. La muerte es un hueco que cavar, un cuarto lleno y sin ruido, un closet de prendas caídas en el desuso y una memoria en suspenso.

Tendido, él estaba doliendo de un bruto cansancio, agotado de años de desgaste laboral. Se movía pocas veces. Para ser precavido, trató de olvidar el presentimiento. Dejó su miedo y empezó a creerse, despreocupado de la riqueza materialista, que su juicio no parecía ser normal.

56

Infinitas cosas ocurrían en simultáneo. Aceleraban a un ritmo imposible de mantener.

Permaneció con los ojos cerrados un largo tiempo y todavía entonces, antes de anticipar que una pieza fundamental de su entorno se había intricado, supo que algo no estaba en su lugar en el ordenamiento común de su mente y que sus ideas estaban desarregladas, y bien podría ser que alguien había metido mano en sus pensamientos y le habría provocado un caos en la cabeza, una anarquía hecha de desconciertos palpables que jugueteaban con él; acaso esa reposición de patrones en el movimiento y apuro de un gentío en la plaza, las dudas de autenticidad sobre las noticias, las programaciones televisadas, o el repentino interés de un extraño que planea, súbito, inesperado, acercarse de golpe; tal vez solo el cambio, el giro, una revolución; quizás una grieta donde antes no estaba, la gotera en algún tejado que por lo pronto escuchaba repiquetear, el raciocinio de un hombre en cama que, formulándolo desde un arcaico entendimiento de su saber, se dilataba por las paredes o el techo a oscuras, y extraía del silencio una comprensión de por qué estaba rodeado de objetos y relatos sin rastro de compañía, resignado a la aceptación, perfectamente paciente con lo sucedido, pero igual nervioso, porque dudaba del sosiego de su nueva sabiduría. Él nunca había sido así de desencajado, o era que siempre habría practicado la calma y, de repente, un estado de agobio en sus interiores hacía que se apurase su percepción en consistente atolondramiento, y sintiese que lo acumulado en treinta años se le estaba viniendo encima, o era que había sido otra cosa, y no lo podría saber o confirmar porque ningún registro le cumplía el requisito de confianza, y todo era tan inseguro, tan incierto, y no había modo de percatarse si era verdad lo que uno creía o si la perspectiva de lo sucedido correspondía a la realidad, si dos personas miraban la misma lámpara, o si eran dos lámparas vistas desde dos puntos fijos, o si existían cuántas lámparas fueran observadas o si es que era una lámpara descifrada en infinito número de miradas, o si era, en efecto, aún apreciable sugerir que la lámpara nunca estuvo porque no hubo quién divisara su luz, y así hasta agotar la posibilidad de la pobre lámpara que nada había hecho para ser pensada, como si al conjeturarla, visualizara poliforme y heterogénea, múltiple y con un foco prendido, desperdigando furiosos resplandores, soltando lumbré amarilla por aquel cuarto, alumbrándolo sobre el velador, en una lámpara cada lámpara concebible.

Por mucho tiempo he pensado en la lámpara. Regreso a verla y no la encuentro, con los ojos abiertos, tal como la estaba pensando en el velador. En su lugar, tengo una lámpara estable. Una de plástico y cabeza metálica. Podría ser distinta: reemplazar la pintura negra por una azul, comprar un diseño más moderno. Su estética es anticuada, pero en el fondo cumple esta función de alumbrar cuando prendo el foco y su lumbre recuerda al sol convenientemente reducido para aclararme el espacio. Y desliza por mi cuerpo plumas amarillas que me calientan con centelleos y me abre un radio de resplandor en la noche, como apartado de lo oscuro, para ponerme a leer.

Dentro de esta burbuja amarilla palpitando para dar la ilusión que es de día, me pregunto sobre lo anticuada que es la bombilla para la pantalla, y la pantalla para una hilera de luz natural. No hace mucho que el foco era toda una esfera en llamas. Era el cuerpo inabordable, y adoraban su esfera de ocultaciones los paganos. Era esta calidez y candor naranja de mis tardes de reposo. Evocaba la presencia de dios en su magnitud reservada al espacio exterior. Hoy lo reemplazamos con un casco y miramos, detallando una estricta proporción, la fusión de núcleos, su irradiación de energía. Sin caminar a ningún lado, salimos al universo, a la vía láctea, a cada grano de arroz y cereal procesado, alegres de recibir a la puerta un enigma resuelto, sin saber cómo ni por qué.

La lámpara no es exclusivamente un objeto fantástico. Me acompaña durante las noches de insomnio. Me reza oraciones visibles para que no me ciegue el intenso vigor de la oscuridad. A lo mucho me protege de la inseguridad que se forma cuando me pregunto: ¿quién me piensa? Y divago por la idea de que alguien me tiene cautivo en sus cavilaciones y soy un resultado de sus reparos. Soy el eco reverberando a tantas dudas sin respuesta, que, por supuesto, es formado abajo de los cimientos como un proyecto ideal, más por poder que por curiosidad. Y en aquellos términos magistrales y seductores, que me hacen una red de cristales ardientes, miles de átomos laborando en conjunto de una estructura, no soy distinto a la lámpara o su composición anodina, enquistada en quien se ha tomado tanto tiempo para perderlo; solo que las lámparas, sean físicas o ficticias, no han sido creadas, desde su más factible futilidad, para que puedan pensar en ello.

Esto porque lo más probable es que pensar sea el procesamiento de las memorias. Si es real que yo enciendo la luz, pensar es el repaso sobre los sentidos que conforman la interacción. Pensar es la complejidad derivada y el retorno de dicha experiencia, es la

transferencia de todos los actos a esa comprensión literal o engañosa, que se manifiesta luego con palabras o acciones, y con posible diferencia se disemina, en cuantas combinaciones sean concebidas, en el lenguaje o entre lenguajes, en lo verbal o sensible que es la elocuencia del ser a partir de lo que existimos.

Es difícil de negar que la experiencia de otros también puede desempeñarse como la propia. Lo que traza una clara genealogía de pensamientos heredados, desde cortar la piña hasta el tacto sobre la espina, se manifiesta en actuares, refranes, prejuicios; todo es materia pensable, incluso el cubito ya pensado que se mastica, se vuelve a masticar y de vuelta se sigue mascando.

Es en esas ilaciones que me hago una idea de mí, que me divido y me subdivido. Pienso. Es decir, me pienso. Al pensarme no soy esto. Es otro disímil lo que es pensado. Pero es similar, es lo mismo que a la vez se divide y se subdivide, y se piensa en otras iteraciones de él que son parte, a decir verdad, de mí. Y son una versión más que me deja y se arregla como alguien serio a primera vista, cada vez que figuro estos quebrantamientos de mi persona, al ir separando esos trozos que soy y no soy, que existen como lo ajeno y lo propio, como lo mismo y lo otro, siendo ahora que, desde un costado de mi habitación, yo aseguro que uno de ellos habla solo. Que este individuo que piensa y sobre piensa lo sobre pensado; que rumiando la misma hierba intelectual parece tener cuatro estómagos; que el individuo que traga y vomita sus ideas, para que perduren acaso un minuto más, y poderlas estimar hasta la última menudencia y cautela, chupándose los blancos huesos conceptuales, tascando la hilacha de carne aprovechable, residuo de perspicacia y erudición; que este sujeto y sus incoherencias del habla y de lo que piensa no es otro, soy yo.

Obras citadas

- Alcívar Bellolio, Daniela. 2022. *Lo que fue el futuro*. Quito: Severo.
- Baudrillard, Jean. 1978. *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairó.
- Berman, Marshall. 1989. *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bolaño, Roberto. 2017. *Los detectives salvajes*. Ciudad: Debolsillo.
- Borges, Jorge Luis. 2018. *Cuentos Completos*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Butler, Judith. 2007. *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- Cortázar, Julio. 2016. *Cuentos completos 1*. Bogotá: Penguin Random House.
- Cortázar, Julio. 1981. *Rayuela*. Barcelona: Bruguera.
- Derrida, Jacques. 1995. *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.
- Foster Wallace, David. 2021. *Infinite Jest*. Nueva York: Little, Brown and Company.
- Onetti, Juan Carlos. 2007. *Los adioses/El pozo*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Pessoa, Fernando. 1997. *Libro del desasosiego*. Barcelona: Seix Barral.
- Rodó, José Enrique. 1967. *Obras completas*. Madrid: Editorial Aguilar.
- Richard, Nelly. 2009. "La crítica feminista como modelo de crítica cultural." *Debate Feminista* 40: 75-85. <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2009.40.1439>
- Sarlo, Beatriz. 2001. "Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa". En *Mapas culturales para América Latina: culturas híbridas, no simultaneidad, modernidad periférica*, editado por Sarah de Mojica, 220-229. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Woolf, Virginia. 1993. *Mrs. Dalloway*. Nueva York: Alfred A. Knopf.